



El aprendiz

Ana María
Matute



El aprendiz

Ana
María
Matute

Ilustraciones de
Albert Asensio

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1275



xistió una vez un pueblo de gente sencilla, donde cada cual vivía de

su trabajo. Pero aquel pueblo pertenecía a un país que sufrió guerra y sequía, y llegó para ellos un tiempo malo y miserable.

Por aquellos días llegó al pueblo un

viejo con dos burros cargados de mercancías y víveres. Empezó a hacer préstamos de dinero, herramientas, enseres e incluso comida.

De este modo, al poco tiempo todos los artesanos y vecinos estaban en sus manos.

Pasaron los años y el viejo montó un bazar adonde todos los vecinos, quisieranlo o no, tenían que acudir para seguir viviendo, pues sus préstamos

eran ya como una cadena que les tenía enlazados angustiosamente y de la que no veían fin. De este modo, el viejo arruinó a varias familias, y él cada día se enriquecía más y se adueñaba del pueblo.

El bazar era grande, oscuro, y el viejo, un hombre de corazón egoísta y duro, que todas las noches guardaba y contaba su dinero escondido en un agujero, bajo un ladrillo. Se llamaba Ezequiel y

vivía completamente solo en el altillo de su tienda.

Cierta noche de invierno llamaron a su puerta, y vio a un chicuelo descalzo y muy sucio, que le miraba muy fijo con sus brillantes ojos negros.

—¿Podría usted indicarme quién es el tendero Ezequiel? —dijo—. Vengo de muy lejos para traerle una carta muy importante.

—Yo soy Ezequiel —contestó el ten-

dero—. Pero no intentes engañarme, porque no tengo amigos ni parientes, y nadie me enviaría a un muchacho como tú para traerme ninguna carta.

Iba a cerrarle la puerta en las narices; pero el muchacho, que era escurridizo como una anguila, penetró por la rendija empujándole y riéndose.

—¡Maldito! —gritó el tendero, cogiendo su bastón—. ¡Ahora verás lo que te espera!